

LA LUZ DE LA NOCHE

Cristóbal Guerra. Pedro Zamorano. Gonzalo González

LA LUZ DE LA NOCHE

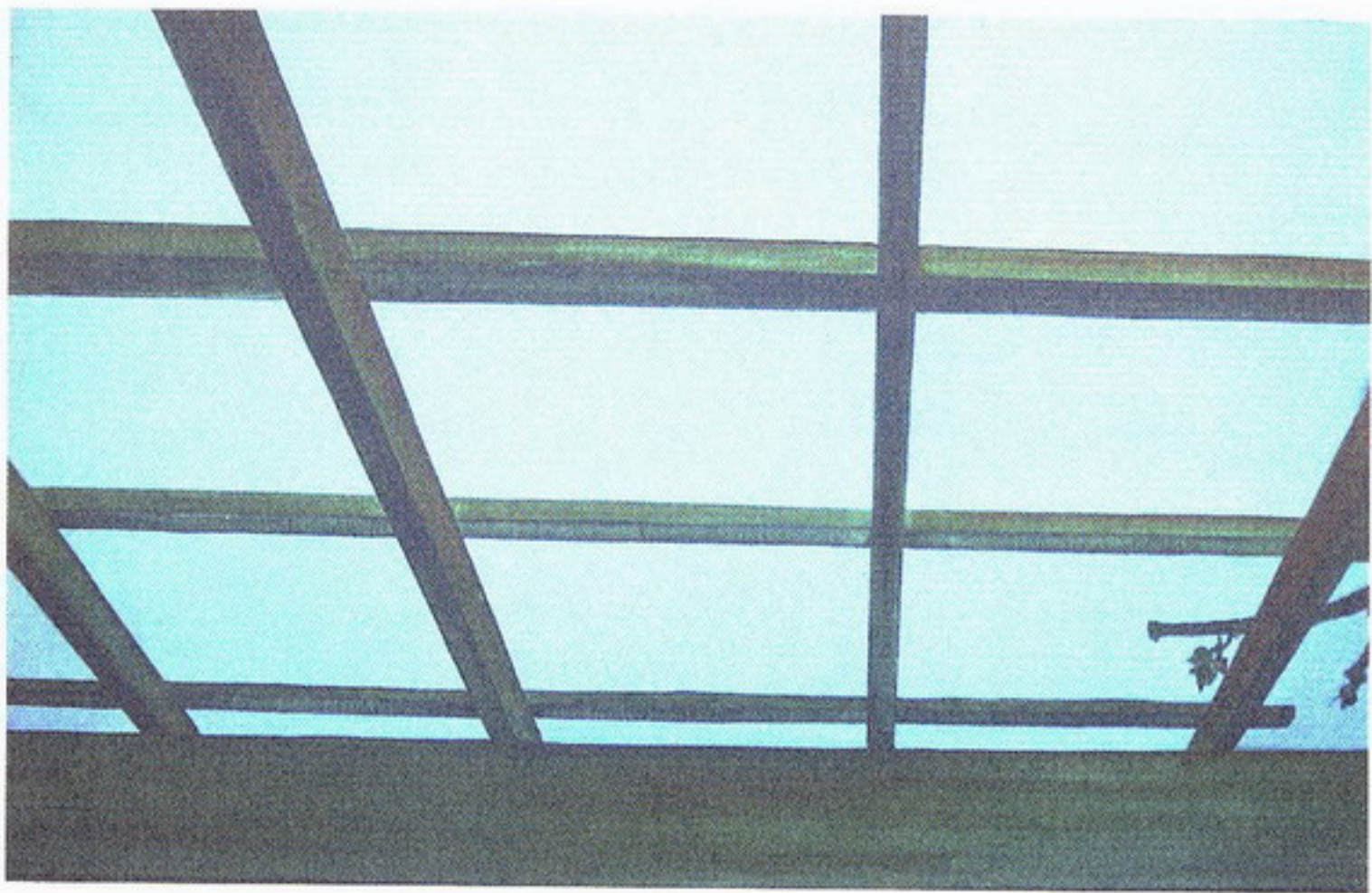
Hesíodo, en su *Teogonía*, en el alba de la cultura occidental, hacía descender del Caos (el abismo primordial) a la negra Noche y al Érebo (la tiniebla); de la unión de ambas se engendrarían el Éter (el cielo superior) y el Hémera (el día). Más tarde, la Noche engendraría, entre otros, el Destino, la Muerte, el Sueño, la Aflicción, el Afecto, la Vejez y la Discordia. Desde entonces, la noche ha devenido el momento por excelencia donde el hombre se abre a las fuerzas profundas que rigen el insondable misterio de la vida y del universo. Pero, también, el símbolo de toda crisis cuya salida alumbra un luminoso renacer. La noche, en tanto final del día, es muerte; pero, también, es nacimiento, en cuanto preludio del mismo.

El mundo se atenúa y aleja durante la noche, para evidenciar aún más el deseo de concentración. La noche acrecienta la voluntad de aparecer del mundo: en ella, toda aparición es posible; toda revelación es trascendente. Lo visible deja paso a lo invisible, allí donde la realidad convive con lo imaginario en su estado puro. La noche solo habla del día. Es su presentimiento, su reserva y su fondo. La noche que deviene día vuelve la luz más rica, convirtiendo la claridad en irradiación de la profundidad, en lugar del centelleo superficial. La noche constituye, sin duda, una de las manifestaciones más elocuentes del espíritu de la modernidad. Con sus espectros

pálidos y enigmáticos, con su ingrediente de desmesura, ha convertido al hombre moderno en criaturas nocturnas. El filósofo romántico, Friedrich W. J. Schelling, a principios del siglo XIX, ya había advertido que, "si en la noche misma surgiera una luz, si un día nocturno y una noche diurna pudieran abrazarnos a todos, ese sería el fin supremo de nuestros deseos".

Tres artistas recrean en esta Exposición, bajo el epígrafe de "La luz de la noche", sus particulares vivencias nocturnas. Las obras que aquí se exhiben muestran, en sus peculiares lenguajes plásticos, tres modos de acercarse al intrigante mundo de la noche. La noche telúrica de Gonzalo González completa sus series anteriores dedicadas al universo luminoso, con sus cielos poblados de nubes, sostenidos por las nítidas líneas del horizonte oceánico. El carácter lírico de aquellas obras se torna ahora dramática tensión. Cristóbal Guerra irrumpe en los aspectos dionisiacos de la ebriedad nocturna, con los insinuantes y retorcidos troncos de sus parras. Pedro Zamorano nos trae su visión de la noche solidaria y festiva; recuerdos ancestrales de antiguos aquelarres, que en las límpidas noches de La Gomera festejaban la aparición de la luna, cuando ésta hacía su aparición, arriba, en el claro del bosque.

ANTONIO MANUEL GONZÁLEZ RODRÍGUEZ







Centro de Visitantes de San Sebastián de La Gomera

18 de julio al 3 de Agosto de 2002. Horario: de 9.00 a 20.00 horas

